Tomó su cartera. En un compartimiento introdujo pestañas falsas, de su mujer, en el otro, la mejor tarjeta de crédito. Ese lunes, a media noche, iría a un cabaret.

II

Gabriel Santander

¿Pero a qué putero de mierda podía ir un lunes en Monterrey? Era de noche y llovía, era octubre y el cielo comenzó a hacer agua desde las seis. Mandó a su casa al chofer y él mismo condujo. Era una lluvia, a ratos, con un aire de huracán. Era natural que se preguntara quién diablos pudiera andar de fiesta con un clima de perros y en un comienzo de semana tan anticlimático. Pero la noche tiene un alma más allá del tiempo. Así condujo, así lo pensó, era necesaria una reflexión brava y alentadora para descender del auto, frente al Bardahl, él mismo convertido en madame Justine. En la universidad había leído la historia de las dos hermanas, Juliette y Justine, el libro lo había devorado no tanto por admiración al Marqués de Sade como por levantar en él la culpa ética de quien todo lo tiene y de quien nada tiene más que su interminable desgracia. Se vistió y maquilló minuciosamente, en el privado de su oficina, con la ropa y la peluca que mandó adquirir con el chofer de la mañana; dijo que el ajuar era para el Halloween de sus hijos, argumento que dejó al empleado de incomprensible buen humor. Lo único que llevó de casa fue un taparrabo de encaje.

Antes, en la puntual junta del lunes, Nicolás de la Garza llegó con las cejas más delineadas que nunca y Lugones más opacado que las semanas pasadas, ya de por sí disminuido por rumores y por su propia inseguridad. Como si se prepara para la actuación nocturna, el presidente de Prisma se comportó belicoso y en los últimos minutos soberbio, qué pinche diva pensaron los vasallos.

El Bardahl estaba en San Juan, a un costado de la carretera 91, hacia Reynosa. Un foco rojo, igual que un cliché cinematográfico, amenazaba en la puerta. Más arriba de una mampara se sostenía un neón:

Bardahl 100 % adictivo.

Las puertas eran de piso a techo, lerdas y crujientes, como si hubiera que hacer un esfuerzo para lanzarse dentro. No era para menos. Adentro, salvo ciertas ocasionales goteras, se desplegaba otro mundo. Aquí la tormenta era de otro tipo. Discusiones, exclamaciones, cruentos brindis, las risas y las lágrimas milenarias de Sodoma.

Habría que decir que don Ezequiel, como empezaba a ser costumbre, se veía bien. Los parroquianos vieron entrar a una mujer cuarentona quizá demasiado o mal maquillada pero que llamaba la atención por su garbo, su andar despacio pero a lo seguro y una peluca inamovible que hubiese sido la envidia